

menos difícil para el gobierno helvético que para el comisionado francés que tenía á su lado.

Era muy natural que Francia se apoderase de los fondos pertenecientes á los antiguos cantones aristócratas para satisfacer los gastos de la guerra; y para mantener su ejército, le eran indispensables el dinero existente en cajas y las provisiones de los almacenes formados por los anteriores cantones. Esto era natural en el derecho de conquista, derecho á que hubiera podido renunciar sin duda, pero la necesidad le obligaba á usar de él por entonces. Recibió, pues, Rapinat orden para poner su sello en todas las cajas, y muchos suizos, aun algunos de los que habían deseado la revolución, no llevaron á bien que se apoderase del pecuño y almacenes de los antiguos gobiernos. Los suizos, como todos los montañeses, son cuerdos y valientes, pero en extremo avaros; querían gozar de independencia, verse libres de sus oligarcas, pero no costear la guerra. Mientras Holanda é Italia habían sufrido, casi sin quejarse, el enorme gravamen de largas y ruinosas campañas, los patriotas suizos pusieron el grito en el cielo porque se vieron sin algunos millones. El Directorio helvético mandó por su parte poner otros nuevos sellos sobre los de Rapinat, y protestó contra la resolución de dejar sus cajas á merced de Francia. Rapinat mandó inmediatamente quitar los sellos del Directorio helvético, declarando que sus funciones eran meramente administrativas, que nada podía intentar contra la autoridad de Francia, y que en lo sucesivo no tendrían vigor las leyes y decretos que formasen, mientras contuviesen alguna cosa contraria á las disposiciones del comisionado y general francés. Los enemigos de la revolución, que no eran pocos los que había en los Consejos helvéticos, triunfaron en aquella lucha y alzaron su voz contra la tiranía, diciendo que se había quebrantado su independencia y que la república francesa, suponiendo darles la libertad, no les proporcionaba en realidad más que servidumbre y miseria; y no sólo en los Consejos se manifestaba oposición, sino también en el Directorio y en las autoridades locales. En Lucerna y en Berna había antiguos aristócratas al frente de las administraciones, que entorpecían el impuesto de los quince millones sobre la antigua nobleza para satisfacer las necesidades del ejército. Rapinat se propuso modificar el gobierno y las administraciones helvéticas, y pidió en una carta de fecha 28 pradiel (16 junio) la dimisión de los dos directores llamados Bay y Pfiffer, de la del ministro de Negocios extranjeros y la renovación de las cámaras administrativas de Lucerna y Berna. Esta petición hecha en tono de orden no podía negarse, y al momento se hicieron las dimisiones: pero la aspereza con que procedía Rapinat suscitó nuevas quejas y se le imputaron todos los desaciertos. En efecto, él comprometía á su gobierno, faltando abiertamente á las formalidades en unas alteraciones que se hubieran logrado fácilmente por otros medios.

El Directorio francés escribió desde luego al helvético, desaprobando la conducta de Rapinat y dándole satisfacciones respecto á la infracción de las formalidades. Depúsose á Rapinat, y sin embargo, quedaron excluidos los dimisionarios. Los Consejos helvéticos nombraron en reemplazo de los dos directores á Ochs, autor de la constitución, y al coronel Laharpe, hermano del

general muerto en Italia, uno de los motores del levantamiento del cantón de Vaud y ciudadano de los más íntegros y virtuosos de su patria.

La república helvética y francesa concluyeron una alianza ofensiva y defensiva, firmándose el tratado el 19 de agosto, según el cual, cualquiera de las potencias que estuviese en guerra tenía derecho para exigir la intervención de la otra y pedirla un auxilio, cuya fuerza se determinaría con arreglo á las circunstancias. La potencia que lo requiriese debía pagar las tropas que la otra le aprontase, y quedaba recíprocamente asegurada la libre navegación de todos los ríos de Suiza y Francia. Debían abrirse dos caminos: uno desde Francia á la Cisalpina, á través del Valais y el Simplón, y el otro desde Francia á Suabia, subiendo por el Rhin y costeadando el margen oriental del lago de Constanza. Con este sistema de repúblicas unidas, Francia se proporcionaba dos grandes caminos militares para pasar por los Estados aliados y poder desembocar rápidamente en Italia ó Alemania. Se ha dicho que estos dos caminos trasladaban el teatro de la guerra á los Estados aliados, pero no eran los caminos, sino la alianza con Francia lo que exponía á estos Estados á tales inconvenientes. Los caminos no eran más que un medio para acudir más pronto y protegerlos á tiempo, tomando la ofensiva en Alemania ó Italia.

Las ciudades de Ginebra y Mulhausen quedaron reunidas á Francia, y las baillías italianas, que habían vacilado largo tiempo entre la Cisalpina y la república helvética, se declararon por ésta, y votaron su reunión. Las líneas de los Grisones, que el Directorio hubiera querido reunir á Suiza, se hallaban divididas en dos facciones rivales y titubeaban entre el dominio austriaco y el helvético, por lo cual las observaban nuestras tropas. Los frailes y los agentes extranjeros ocasionaron un nuevo desastre en el Unterwalden, haciendo sublevar á los paisanos de aquel valle contra las tropas francesas, de lo cual resultó un sangriento combate en Stanz, y fué preciso incendiar aquel desdichado pueblo para expulsar de él á los fanáticos que abrigaba.

Las mismas dificultades se ofrecían en el otro lado de los Alpes, donde reinaba una especie de anarquía entre los súbditos de los nuevos Estados y sus gobiernos, entre éstos y nuestros ejércitos, nuestros embajadores y generales, que producía una espantosa confusión. La pequeña república liguriana estaba encarnizada contra el Piamonte, y quería á toda costa prender en él el fuego de la revolución. Se habían refugiado en ella gran número de demócratas piamonteses, saliendo luego armados y organizados para invadir su país y derrocar el gobierno monárquico. Otra facción había salido por la parte de la Cisalpina, adelantándose por Domo-d'Ossola; pero se rechazaron todas estas tentativas, inmolándose sin fruto innumerables víctimas. No por esto había dejado de acosar al gobierno del Piamonte la república liguriana; antes bien, acogía y armaba nuevos refugiados, queriendo hacer por sí misma la guerra. Mucho trabajo costaba reprimirla á Sotín, nuestro ministro en Génova; y el que teníamos en Turín, Guinguené, también se veía apurado por su parte para satisfacer las continuas quejas del Piamonte, calmando su resentimiento de venganza contra los patriotas.

En la república Cisalpina reinaba un espantoso desor-

den, porque Bonaparte al constituirla no había tenido tiempo para calcular exactamente las proporciones que hubieran debido observarse en las divisiones del territorio y número de los funcionarios, ni para organizar el régimen municipal y sistema de hacienda. Este pequeño Estado tenía hasta doscientos cuarenta representantes; y siendo muy numerosos los departamentos, se hallaba devorado por infinitos empleados. Carecía de todo sistema regular y uniforme de impuestos, y á pesar de su considerable riqueza, no tenía hacienda, y apenas podía sufragar el subsidio convenido para el sostén de nuestros ejércitos. Por lo demás, la confusión rayaba bajo todos conceptos en el mayor extremo.

Desde que se excluyeron algunos individuos del Consejo, á propuesta de Berthier, cuando fué preciso hacer aceptar el tratado de alianza con Francia, llevaban la voz los revolucionarios, y dominaba en los Consejos y clubs el lenguaje de los jacobinos. Apoyaba este movimiento y su exaltación nuestro ejército, y Brune, después de haber terminado la sumisión de Suiza, regresó á Italia, donde recibió el mando general de todas las tropas francesas después de la salida de Berthier para Egipto. Hallábase de corifeo de los más acalorados patriotas, y en las mismas ideas y sentimientos abundaba Lahoz, comandante de las tropas lombardas, cuya organización había empezado Bonaparte. Otras causas de desorden existían además en la desagradable conducta de nuestros oficiales, que se conducían en la Cisalpina como en país conquistado, maltratando á los habitantes, exigiendo alojamientos, que según los tratados no debían dárseles, asolando los pueblos donde se hallaban, propasándose á veces á hacer requisiciones como en tiempo de guerra, usurpando el dinero á las administraciones locales, y desfalcando las arcas públicas, sin alegar más pretexto que su albedrío. Los comandantes de plazas fuertes imponían intolerables exacciones, pues el de Mantua, por ejemplo, había llegado á arrendar en favor suyo la pesca del lago, y los generales proporcionaban sus exigencias á su grado, y además de lo que saqueaban, cobraban de las compañías escandalosas ganancias. La que estaba encargada de dar provisiones al ejército de Italia cedía á los estados mayores un cuarenta por ciento de beneficio, y puede inferirse lo que ganaría cuando semejante lucro daba á sus protectores. No había en las filas, por efecto de las desertiones, ni la mitad de las plazas que constaban en las listas, de modo que la república pagaba doble de lo que hubiera debido; mas á pesar de estos agiotajes, los soldados estaban muy mal pagados y á la mayor parte se les debían muchos meses. Así es que el país que ocupábamos se hallaba horrorosamente vejado, sin que lo pasasen bien nuestros soldados; y los patriotas cisalpinos toleraban sin quejarse todos estos desórdenes porque el estado mayor les prestaba apoyo.

En Roma marchaban los asuntos mejor: una comisión, compuesta de Daunou, Florent y Faypoult, gobernaba con tacto y probidad el país libre. Aquellos hombres habían hecho una constitución que fué adoptada, y que salvo algunas diferencias y los nombres, que no eran los mismos, se asemejaba exactamente á la francesa. Los directores se llamaban cónsules; el Consejo de los Ancianos se titulaba Senado, y el segundo consejo, Tribunal; pero no bastaba dar una constitución; nece-

sitábase ponerla en vigor; y nó era el fanatismo de los romanos el que se oponía á su establecimiento, como podía creerse, sino su pereza. Sólo se oponían algunos aldeanos del Apenino, impulsados por los frailes y fáciles de someter; pero entre los habitantes de Roma que debían formar el Consulado, el Senado y el Tribunal, predominaban una indiferencia y una ineptitud extremas para el trabajo. Eran necesarios grandes esfuerzos para decidirlos á tomar parte en la sesión un día sí y otro no, y querían á toda costa vacaciones en el verano. A esta pereza uníase una inexperiencia y una incapacidad absoluta para la administración; había más celo en los cisalpinos, pero era un celo sin luces y destemplado, tan funesto como la indolencia. Debía temerse que apenas se marchara la comisión francesa se disolvería el gobierno romano por inacción y retirada de sus individuos. Y sin embargo, apetecíanse los destinos en Roma y se preferían como en todo Estado que carece de industria.

La comisión había puesto término á todas las malversaciones cometidas en el primer momento de nuestra entrada en Roma; y después de encargarse de la hacienda, dirigíala con probidad y hábilmente. Faypoult, que era un administrador íntegro y capaz, había establecido para todo el Estado romano un sistema de impuestos muy bien entendido, consiguiendo así satisfacer las necesidades de nuestro ejército; no sólo pudo pagar los atrasos al ejército de Roma, sino también á la división embarcada en Civitavecchia. Si la hacienda se hubiese dirigido del mismo modo en la Cisalpina, no se habría vejado al país, y nuestras tropas hubieran disfrutado de la abundancia. La autoridad militar de Roma estaba del todo sometida á la comisión: el general Saint-Cyr, que había reemplazado á Massena, distinguíase por su severa probidad; pero participando del deseo de mandar, que se hacía general en todos sus compañeros, parecía descontento de verse sometido á la comisión. En Milán, sobre todo, se estaba muy poco satisfecho de lo que se hacía en Roma; los demócratas italianos se irritaban al ver que los romanos eran contenidos por la comisión. El estado mayor francés, de quien dependían las divisiones acuarteladas en Roma, veía con sentimiento escapársele una rica parte de los países conquistados, anhelando el momento en que la comisión cesara en sus funciones. No se debe culpar al Directorio francés del desorden que reinaba en los países aliados, pues ninguna voluntad, por enérgica que fuese, podría impedir el desbordamiento de las pasiones que las perturbaban; y en cuanto á los abusos, la misma voluntad de Napoleón no bastó para impedirlos en las provincias conquistadas. Lo que no habría podido ejecutar un solo individuo dotado de genio y de vigor, menos podía hacerlo un gobierno compuesto de cinco hombres, situado á inmensa distancia. Sin embargo, en la mayoría de nuestro Directorio predominaba un gran celo para asegurar el bienestar de las nuevas repúblicas, y la más viva indignación contra la insolencia y cohechos de los generales, así como contra los manifiestos robos de las compañías. Excepto Barras, que participaba por mitad de todos los beneficios de aquéllas, y que era la esperanza de los revoltosos de Milán, los cuatro directores denunciaban enérgicamente cuanto se hacía en Italia. Larevellieffe, sobre todo, cuya severa probidad se revelaba contra

tantos desórdenes, propuso al Directorio un plan que fué aprobado. Quería que una comisión continuase dirigiendo el gobierno romano y conteniendo á la autoridad militar; que se enviase un embajador á Milán para representar al gobierno francés y privarle de toda influencia al estado mayor; que este embajador tuviera á su cargo las modificaciones que era preciso hacer en la constitución cisalpina, como asimismo reducir el número de las divisiones locales, de empleados y de individuos de los Consejos; por último, que este embajador tuviese por agregado un administrador capaz de crear un sistema de impuestos y contabilidad. El plan fué aprobado: Trouvé, en otro tiempo ministro de Francia en Nápoles, y Faypout, uno de los individuos de la comisión de Roma, fueron enviados á Milán para poner en ejecución las medidas que había propuesto Larevelliere.

Tan pronto como Trouvé llegase á Milán, debía reunir á los hombres más ilustrados de la Cisalpina, y acordar con ellos todos los cambios que fuera necesario hacer, ya en la constitución ó en el personal del gobierno. Una vez convenidos todos estos cambios, debía proponerlos á los Consejos de la Cisalpina por los diputados que le fuesen afectos, y apoyarlos en caso necesario con la autoridad de Francia, aunque disimulando en lo posible su influencia.

Trouvé, pasando de Nápoles á Milán, hizo lo que se le había ordenado; pero difícil era de guardar el secreto de su misión, y supose muy pronto que iba á introducir un cambio en la constitución y sobre todo á reducir el número de toda clase de empleos. Los patriotas, comprendiendo bien por la conducta del embajador que las reducciones recaerán sobre ellos, estaban furiosos; buscaron apoyo en el estado mayor del ejército, indispuesto ya también contra la nueva autoridad que se le iba á imponer, y vióse comenzar una lucha escandalosa entre la legación francesa y el estado mayor francés, rodeado de patriotas italianos.

Trouvé y los que iban á visitarle fueron denunciados con extremada violencia en los Consejos cisalpinos. Pretendióse que el ministro francés iba á violar la constitución, renovando uno de aquellos actos opresivos que el Directorio ejerció en todas las repúblicas aliadas. Trouvé sufrió disgustos de toda especie por parte de los patriotas italianos y de nuestros oficiales; y estos últimos se condujeron con la mayor grosería en un baile que daba, acasionando un gran escándalo. Estas escenas eran deplorables, sobre todo por el efecto que producían en los ministros extranjeros: no sólo se les ofrecía el espectáculo de las más enojosas divisiones, sino que se les insultaba en los banquetes diplomáticos, brindando ante ellos por el exterminio de todos los reyes. En Milán reinaba el más violento jacobinismo. Brune y Lahoz marcharon á París para buscar el apoyo de Barras; pero advertido el Directorio de antemano, mostrábase inflexible en sus resoluciones. Lahoz recibió orden de salir de París tan pronto como llegase, y se mandó á Brune regresar á Milán para contribuir á los cambios que introdujera Trouvé.

Después de realizar las modificaciones necesarias en la constitución, Trouvé reunió en su casa á los diputados más cuerdos y sometiólas á su examen. Aprobáronlas desde luego; pero el desencadenamiento era tan

grande, que no se atrevieron á encargarse ellos mismos de proponerlas á los dos Consejos.

Trouvé hubo de apelar por lo tanto á la autoridad francesa, ejerciendo ostensiblemente un poder que hubiera querido ocultar. Por lo demás, poco importaba en el fondo el medio empleado: hubiera sido un absurdo que Francia, después de crear estas nuevas repúblicas y sostenerlas con su apoyo, no se valiese de su fuerza para establecer el orden que más conveniente creyese. El error estaba en no haber hecho todo lo posible desde el primer día y de un golpe para no verse forzada á renovar estos actos de su omnipotencia. El 30 de agosto (13 fructidor, año vi), Trouvé reunió al Directorio y á los dos Consejos de la Cisalpina, y presentóles la nueva constitución y todas las leyes administrativas y financieras preparadas por Faypout. Los Consejos quedaban reducidos á doscientos veinte individuos, en vez de los doscientos cuarenta de que se componían, y designábanse las personas que se habían de conservar en aquéllos y en el gobierno. Establecíase un sistema regular de impuestos y había contribuciones directas é indirectas, método que se trataba de establecer entonces en Francia, con gran desagrado de los patriotas. Todos estos cambios fueron aprobados y adoptados: Brune se había visto precisado á proporcionar el apoyo de las tropas francesas, y por lo tanto fué inútil la cólera de los patriotas cisalpinos, haciéndose el cambio sin obstáculos. Acordóse además convocar próximamente á las asambleas primarias para que aprobasen las modificaciones introducidas en la Constitución.

La misión de Trouvé quedaba terminada; pero el gobierno francés, viendo las perturbaciones suscitadas por este ministro, pensó que no era posible dejarle en la Cisalpina, que convendría darle otra embajada y enviar á Milán á un hombre extraño á las últimas contiendas. El Directorio se dejó imponer desgraciadamente un ex jacobino, que se había convertido en vil adulator de Barras, quien le asoció al agiotaje de las compañías, encaminándole por la senda de los honores: era Fouché, cuyo nombramiento obtuvo Barras de sus colegas por sorpresa.

Fouché marchó á reemplazar á Trouvé, y éste hubo de dirigirse á Stuttgart; pero Brune, aprovechándose de su salida, permitióse, con una audacia que no se explica sino por la licencia militar de aquella época, introducir en la obra del ministro de Francia los más graves cambios. Exigió la dimisión de tres de los directores nombrados por Trouvé, varió muchos ministros y alteró como quiso la Constitución. Uno de los directores cuya dimisión había exigido era Soprani, al cual hizo prender á la fuerza por sus soldados, arrancándole del palacio del gobierno, por haber rehusado animosamente hacerla, apresurándose en seguida á convocar las asambleas primarias para que aprobasen la obra de Trouvé, modificada según su capricho. Fouché, que llegó en aquel intervalo, hubiera debido oponerse á semejante arreglo y no permitir que se sancionasen unas alteraciones que el general no tenía facultad de hacer; pero dejó á Brune proceder á su antojo, quedando todo aprobado por las asambleas primarias, sometidas á un mismo tiempo al poder militar y al furor de los patriotas.

Cuando el Directorio francés supo estos detalles, lejos de desanimarse, anuló cuanto había hecho Brune;

destituyóle y encargó á Joubert que fuera á restablecer el estado de cosas tal como le dejó Trouvé. Fouché hizo objeciones, pretendiendo que una vez aprobada la nueva Constitución con los cambios introducidos por Brune, produciría mal efecto cambiarla otra vez. Tenía razón, y logró poner á Joubert de su parte; pero el Directorio no podía tolerar semejantes audacias á sus generales, ni permitir tampoco que ejercieran tal autoridad en los Estados aliados. En su consecuencia llamó á Fouché, que sólo estuvo pocos días en la Cisalpina, y dispuso el restablecimiento íntegro de la Constitución, tal como la había formado Trouvé en nombre de Francia. En cuanto á los individuos á quienes Brune pidió su dimisión, invitóseles á renovarla para evitar nuevos cambios.

La Cisalpina quedó, pues, constituida como el Directorio quería que lo estuviese, salvo la destitución de algunos individuos depuestos por Brune; pero estos continuos cambios, estas porfías, estas luchas de nuestros agentes civiles y militares producían el más deplorable efecto, desanimaban á los nuevos pueblos libertados, desacreditando á la república madre, y demostraban la dificultad de mantener todos aquellos cuerpos en su órbita.

Censuróse gravemente al Directorio por los acontecimientos de la Cisalpina, porque es costumbre convertirlo todo en recriminaciones contra el gobierno á quien se ataca é imputarle como delito hasta los mismos obstáculos que se oponen á su marcha. La doble oposición que comenzaba á reaparecer en los Consejos atacó diversamente las operaciones ejecutadas en Italia. El argumento era muy sencillo para la oposición de los patriotas: habíase cometido un atentado, decía, contra la independencia de una república aliada, y hasta una infracción de las leyes francesas, porque la constitución cisalpina que se acababa de alterar estaba garantizada por un tratado de alianza, que aprobado por los Consejos no podía ser infringido por el Directorio. En cuanto á la oposición constitucional ó moderada, era natural esperar su aprobación más bien que sus censuras, porque los cambios hechos en la Cisalpina iban dirigidos contra los patriotas exclusivos; pero en esta parte de la oposición hallábase Luciano Bonaparte, quien buscaba motivos de queja contra el gobierno, creyendo además que debía defender la obra de su hermano, atacada por el Directorio. Confirmando lo dicho por los patriotas, gritó que estaba atacada la independencia de los aliados, que los tratados se habían infringido, etc.

Las dos oposiciones se pronunciaban más abiertamente cada día, comenzando á discutir con el Directorio ciertas atribuciones que se le confrieron por la ley del 19 fructidor, y de las cuales había hecho uso algunas veces. Dicha ley le concedía, por ejemplo, el derecho de cerrar los clubs ó suprimir los diarios cuya dirección le pareciese peligrosa. El Directorio había cerrado algunos clubs que llegaron á ser demasiado violentos, ó suprimido varios periódicos que dieron noticias falsas é inventadas evidentemente con intención malévolas. Hubo uno, entre otros, que pretendió que el Directorio iba á reunir á Francia el país de Vaud, y aquél dió orden de suprimirle. Los patriotas se pronunciaron contra esta autoridad arbitraria, pidiendo que se anulasen varios artículos de la ley del 19 fructidor; pero los Consejos

acordaron mantenerlos vigentes hasta que se promulgara una ley sobre la imprenta, á cuyo efecto se mandó proceder á los trabajos preparatorios.

El Directorio encontró igualmente una fuerte oposición en materia de hacienda: tratábase de cerrar el presupuesto del año vi (1797-1798) y proponer el del año vii (1798-1799). El del año vi se había fijado en seiscientos diez y seis millones; pero de esta suma resultaba un déficit de sesenta y dos millones y además un atraso considerable de los ingresos. A pesar de la solemne promesa de pagar el tercio consolidado, no se había satisfecho del todo á los acreedores, y así se decidió que recibirían en pago de atrasos bonos admisibles en las contribuciones. Era preciso fijar inmediatamente el presupuesto del año vii en que iba á entrarse, y se calculaban los gastos en seiscientos millones, sin contar con una nueva guerra continental. Fué menester reducir las contribuciones de fincas y personal en extremo subidas y aumentar los impuestos del papel sellado, registro y aduanas. Decretáronse céntimos adicionales para los gastos de localidad, y portazgos á la entrada de los pueblos para sostenimiento de los hospitales y otros establecimientos. A pesar de estos aumentos sostuvo el ministro Ramel que de los impuestos se cobraría, cuando más, las tres cuartas partes, calculando por los años anteriores, y que era darle mucho aumento el considerar las entradas efectivas por de cuatrocientos cincuenta á quinientos millones; pidió, pues, nuevos recursos para cubrir el gasto de seiscientos millones, y propuso una contribución sobre las puertas y ventanas y otra sobre la sal. Respecto á esto, mediaron violentas contestaciones; pero se decretó el impuesto sobre puertas y ventanas y se preparó un informe sobre el segundo.

Estas contradicciones nada tenían de chocante en sí mismas, pero eran el síntoma de un oculto aborrecimiento, que sólo necesitaba alguna desgracia pública para estallar. El Directorio, perfectamente enterado del estado de Europa, conocía que se preparaban nuevos riesgos y que iba á encenderse otra vez la guerra en el continente, según era el movimiento que se observaba en diferentes gabinetes. Cobentzel y Repnin no habían podido sacar á Prusia de su neutralidad, y la habían dejado muy descontentos; pero Pablo I, enteramente seducido, había estipulado un tratado de alianza con Austria y se decía que sus tropas estaban ya en marcha. Austria armaba gente con la mayor actividad; la corte de Nápoles mandaba alistar á toda su población, y así hubiera sido notable imprudencia no hacer preparativo alguno, viendo el mismo movimiento desde las orillas del Vístula hasta las del Volturno; y habiendo disminuido extraordinariamente nuestros ejércitos por tantas deserciones, el Directorio resolvió hacer los reemplazos por medio de una gran institución que estaba todavía por plantear.

Dos veces había quintado la Convención en el pueblo de Francia, pero de un modo extraordinario, sin dejar ley permanente para el reclutamiento anual de los soldados. En marzo de 1793 ordenó una leva de trescientos mil hombres, y en agosto del mismo año adoptó la grandiosa y brillante resolución del levantamiento general por orden de generaciones; después la república había existido sólo por esta medida, obligando á permanecer en las filas á cuantos habían tomado las armas en esta